



Gerald Ford se presenta como apolítico, lo cual debería ser una contradicción en el caso de ser llamado para ocupar el puesto más político de la nación.

R. F. A.

BRANDT SALVA SU OSTPOLITIK

Mientras Henry Kissinger da un cero en conducta al gobierno de Bonn, al que considera culpable de haber protestado contra el envío a Israel de armamento almacenado en la República Federal, mientras un gran diario israelí sugiere al canciller Willy Brandt que vaya a arrodillarse ante un pozo de petróleo (alusión a su gesto ante el monumento conmemorativo del «ghetto» de Varsovia), los alemanes tienen estos días al menos un motivo de consuelo: Moscú se ha deshecho en elogios hacia el gobierno de Bonn, el cual, como explica un diplomático soviético, «ha demostrado cierto espíritu de independencia».

En plena crisis del Próximo Oriente, a principio de este mes de noviembre, Walter Scheel, ministro de Asuntos Exteriores de Bonn, se traslada a Moscú. Objetivo del viaje: solventar de una vez el contencioso entre Alemania y la URSS para poder «abordar por fin cuestiones serias».

El contencioso sigue siendo el problema de Berlín. En septiembre de 1971, las cuatro potencias (Estados Unidos, Unión Soviética, Francia y Gran Bretaña) decidieron que la República Federal se encargase de la representación jurídica de Berlín Oeste en el exterior. Pero bruscamente, bajo la presión de Alemania Oriental, la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia y Hungría se rebelan. Según estos países, Bonn tiene derecho a ocuparse en el extranjero de los derechos privados de los berlineses occidentales, pero no de las personas morales.

El canciller Brandt se considera engañado. Instigado por Walter Scheel y los altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, hostiles a la idea de hacerle a Moscú excesivas concesiones, Brandt decide suspender su proyectado viaje a Praga, durante el cual debería normalizar las relaciones con Checoslovaquia. La Ostpolitik se ve gravemente amenazada.

En Bonn se forman entonces dos clanes: Egon Bahr y Herbert Wehner —que son, junto con Brandt, los hombres más influyentes de la social-democracia alemana— se oponen vigorosamente a «quienes tratan de reavivar la guerra fría». Su blanco principal lo constituyen Scheel y sus colaboradores. Wehner, antiguo dirigente comunista convertido a la social-democracia al acabar la guerra, decide provocar un escándalo «para salvar —explicará a sus amigos— la Ostpolitik, a las que unos inconscientes han puesto en peligro». En Moscú, a donde se ha trasladado en cabeza de una delegación parlamentaria alemana occidental, Wehner ataca brutalmente al propio Brandt, al que no duda en calificar de «incapaz».

A su regreso a Bonn se produce una casi ruptura entre Brandt y él. En la prensa e incluso en el órgano central de la social-democracia, el «Vorwärts», sus partidarios entablan furiosas polémicas.

El clan Wehner-Bahr sale triunfante. El 2 de noviembre, Scheel va a Moscú. Gromyko, ministro soviético de Asuntos Exteriores, explica a su colega alemán que podría solucionarse el asunto de Berlín si Bonn se mostrase comprensivo «en otros terrenos».

Walter Scheel entiende perfectamente la alusión. La Unión Soviética, lo mismo que Polonia y demás democracias populares, desea obtener créditos a largo plazo a intereses ventajosos. La Unión Soviética desea además que Alemania Federal se comprometa a invertir masivamente en Siberia; se habla de cinco mil millones de marcos (unos ciento quince mil millones de pesetas). Los industriales alemanes, que no ven el interés de la operación, no parecen demasiado entusiasmados por la idea.

En Moscú, sin embargo, Scheel se muestra en principio de acuerdo. Las relaciones de pronto se caldean. La representación de los berlineses occidentales en los países comunistas se extenderá «prácticamente —afirma Scheel— a las personas morales». La Ostpolitik está a salvo, Willy Brandt viajará muy pronto a Praga. «Los checos y los polacos —explica un alto funcionario de Bonn— podrán beneficiarse de los créditos que necesitan para modernizar sus industrias...». Pronto —probablemente a comienzos del año que viene—, Gierek, número uno de Polonia, visitará oficialmente la Alemania Occidental. Con gran disgusto de los alemanes orientales. Una vez más, la República Democrática Alemana, el país más avanzado del campo socialista, el que dispone de la industria más moderna de todos los países comunistas y —con mucho— el nivel de vida más elevado, teme verse sacrificada sobre el altar de una «entente» entre Moscú y Bonn.

En el momento mismo en que Walter Scheel es recibido en Moscú por Andrei Gromyko, el número uno de la República Democrática Alemana, Erich Honecker, dispara toda su artillería pesada: pide en una entrevista que se suprima la presencia de la República Federal Alemana en Berlín Occidental y acusa a Bonn de llevar a cabo «maniobras imperialistas».

A este respecto se recuerda en Bonn que Walter Ulbricht se vio obligado, bajo la presión de la Unión Soviética, a renunciar a su cargo por haberse opuesto a la «entente» entre Moscú y Bonn. ¿Corre Honecker el mismo riesgo? ■ GERARD SANDOZ.

by). Todo esto son bromas interiores de Washington, que no dejan de preocupar a los intelectuales y a los críticos de la política: un hombre de esta inmóvil piedra conservadora, tan poco capaz de adaptarse a las situaciones nuevas, ¿puede realmente gobernar un país en el momento en que el mundo requiere continuos cambios de posición? La respuesta es que otros vicepresidentes lo han hecho desde posiciones tan despreciadas como las de Ford. Que estos vicepresidentes hayan sido Truman, Johnson y Nixon, de los cuales los dos últimos tuvieron finales desastrosos —Johnson, que no pudo presentarse a las elecciones para obtener su segundo mandato; Nixon, en este grave entredicho que no se sabe bien cómo va a terminar, pero que en el mejor (para él) de los casos le acompañará hasta el fin de su presidencia—, mientras el primero aparece como una figura que llevó al país por el sentido contrario al de la historia, no es algo que pueda consolarles. Menos aún que Gerald Ford pueda revelarse como un hombre capaz de

tomar decisiones que modifiquen el rumbo del país, en lugar de tratar simplemente de normalizarlo y apaciguarlo en espera de que las elecciones de 1976 hagan brotar una figura realmente elegida por el país.

Pero hay que esperar que si Ford llega por tan extraña vía a la presidencia, lo cual es enormemente posible, el equipo que está ahora construyendo su figura sobre estas bases —lealtad, honestidad, simplicidad, falta de ambiciones, apoliticismo, amor a la familia— sea también el que construya su política. Estará junto a él Kissinger, que no va a perder su puesto de consejero ni de secretario de Estado —ya Ford lo ha dado a entender así—, y estará quizá Romney, que es también una figura con dos décadas de retraso. Y habrá que ver si en 1976 Ford se retira realmente de la política y da paso a la renovación entera del sistema que se está pretendiendo con la depuración de la Administración, o si el partido republicano y los que manejan el poder encontrarán en él fuerza suficiente para prevalecer. ■ J. A.